

El cielo se arrodilla entre las mieses dirigiendo los surcos.  
La vida a quien escribe le madura limosneras espigas.  
Vuelves a Tomelloso y su misterio sin que nadie lo advierta.  
Sin que te diga: "Paco, buenos días" ni aun Manolo Perona.  
Ni Pepe Pérez salga hasta la Plaza para poder mirarte  
destrenzando vencejos con tus ojos tímidamente azules,  
como un inglés escarba alucinado el temblor de esta arcilla  
extranjera del cierzo, el temporal que apenas si remite  
bajo los soportales. Dónde extravió aquel ciego sus violines  
o quién, desorientado, escucha ahora tus voces arrecías.

Con toquillones negros las Sabinas le rezan a las ánimas.  
Tremendamente serio y de uniforme se ha sentado en la acera  
desconsolado un guardia, o viene don Lotario a ver qué ocurre.  
Se ha vuelto Tomelloso más sonámbulo desde que tú no estás.  
Desde que tú no estás en Tomelloso todo el pueblo está ausente.  
Quién le dirá a La Mancha los puntos cardinales del paisaje.  
Cualquiera de tus libros bastaría para estar donde estamos.

Antoñito, el pintor, cruza en el fondo de sus cuadros historias  
de aparecidos. Pueblos como éste no existirán, no crecen  
sino en las viejas fábulas febriles que buscan tu retrato.  
Aquel que busca halla el sentimiento de la especie aterida.  
Ah no busquéis ya más sino en la luz, porque la luz es ancha  
en esta tierra nuestra que no tiene donde apoyarse un poco.

Como los monaguillos de la iglesia de los Angeles, Paco,  
desenredan la luz de las vidrieras para ver qué hay detrás,  
así, como ese lento saboreo que celan los manchegos en su boca,  
destapamos la paz de tu escritura para ver más a Dios.  
Como si fuese cierto que la tierra se te pegase al hueso.  
Te pegase la herida a las junturas de tu espíritu pronto.  
Hay que llamarse hermanos si queremos que el corazón nos cuide.

Paisano, cicatriza el sacramento de tus nobles encías.  
Un escritor es siempre aquel vidente que persigue la tribu,  
o va por agua al pozo y nunca encuentra sino la sed. Tú, Paco,  
deletreas la luz en tus palabras como samaritanas  
vendimiadoras. Hijo, qué más quieres para poder salvarte.

Ibas tú por el pueblo paso a paso oteando las nubes,  
como va el aguador sin anguarina por la Calle del Charco  
ensimismado, en él, hijo del hombre mendigando esperanza,  
ese pequeño báculo que aguanta nuestro pordioserío.  
El que pone en su boca una palabra es porque anhela amor.

Igual que un lazarillo rubio y frágil te sostuviese Sonia.  
La otra Sonia te miraba sopesando barbechos.  
Tú nos miras a todos todavía socarrón y glorioso.  
En paz descansas, hombre, tan temprano para llegar aún antes.

VALENTIN ARTEAGA

